

PRESENTACION DE «LA CASA ENCENDIDA»

Dámaso Alonso dice que Luis Rosales posee un corazón como una casa. De esa casa quiero hablaros. Porque en esa casa son muchos los poetas nicaragüenses que han hospedado alguna de sus mejores horas de diálogo, algún poema, alguna teoría o sueño sabrosamente discutidos y, sobre todo, la amistad que allí tuvo y tiene siempre la más andaluza, abierta, hablante, bebiente, inteligente y cálida acogida.

Y la casa de Luis Rosales no sólo es su corazón, sino su casa—Altamirano, 34—, edificada libro a libro y palabra por palabra, casa donde las paredes hablan—la casa del habla o de la poesía—, casa donde siempre salen más de los que entran, porque llegábamos cuatro o cinco; llegábamos José Coronel, Carlos Martínez, Vivanco, Valverde, Panero, o Dámaso o Cabral, y salíamos en grupo con Cervantes y Villamediana y Bocángel y Salinas y también Andrés Bello y Gregorio Gutiérrez y Borges y toda una antología de amigos que nos habíamos hablado a través de Luis y de coñac hasta las horas de la madrugada, y Luis siempre decía al despedirse: «De eso tenemos que hablar»; como quien deja abierta, siempre, la puerta de la palabra, porque a la casa de Luis siempre se tiene que volver, como se tiene que volver siempre a España mientras hablemos español.

Pero la casa de Luis Rosales es también un poema—*La casa encendida*—, el poema más importante de España después de la generación del 27, porque en ese poema Luis hace la primera reconquista para la poesía del territorio de la novela—se apropia, asimila, condensa y desvía hacia el poema los legados de Proust y de Joyce, y algunos de sus mejores recursos narrativos.

Ya en la manera del relato, el tiempo sufre en *La casa encendida* una transmutación mágica o mística:

*Y ahora es ya la memoria que se ilumina como un cabo de
vela que se enciende con otra.*

*y ahora es ya el corazón que se enciende con otro corazón
que yo he tenido antes
y con otro que yo entristezco todavía...*

El relato no pierde su condición, su forma de cosa contada (o sucesiva, como dice Luis), y, sin embargo, mágicamente se transforma en cosa cantada, en no-tiempo, como en la escena estupenda de María,

en que el tiempo se hace lluvia y luego mar y simultáneamente es el agua que sube y la mujer que espera en la última grada de la escalera del muelle, con el agua a la rodilla:

*una mujer que también llueve,
que también dice adiós entre la niebla,
que también sabe que ahora es de noche y está sola.*

Pero también es un recurso de la novela nueva conquistado por Luis Rosales para la lírica ese hilo secreto, esa unidad misteriosa que engarza las diversas memorias, vivencias y personas. Como en el Orlando de Virginia Wolf, pero más convincentemente, los personajes resucitados por el poema van convirtiéndose en uno sólo y mismo personaje: la amistad, el amor, producen el milagro de la identidad. «Para que seamos uno», decía Cristo al invitar a la amistad profunda. Y así *La casa encendida*—que es un canto de la amistad—significa, al final, el cielo (las diversas habitaciones de que habla Cristo): la diversidad unida e iluminada.

Pero además *La casa encendida* es también el primer poema español después de Darío que está hecho con la esencia de la aventura lingüística dariana: Se ha dicho que *La casa encendida* está escrita con «un lenguaje que es hermano, en virtud coloquial y en temperatura, del lenguaje de la lírica hispanoamericana», y es cierto: la amistad de Luis con los hispanoamericanos es una amistad en la cual la lengua tiene mucho que atar; como hay libertad hay también amistad «bajo palabra». Luis Rosales, además—recordemos—es un hombre de frontera, un andaluz, y Andalucía es, en la geografía del canto, la zona del alma española más cerca de América, zona con moros en la costa, como América es zona con indios en «el contenido del corazón».

La casa encendida tiene para mí recuerdos personales de una de las etapas de mi vida literaria más rica en descubrimientos, amistades e inquietudes. Yo fui un poco huésped de ese poema-casa; lo vi edificar día a día en una semana en que Luis trabajó como un poseído de las musas la jornada entera, sin despegar de la máquina hasta que llegábamos nosotros por la noche, y a veces nos íbamos desconsolados a esperarlo bebiendo un poco de vino en una tasca de la calle Altamirano porque lo encontrábamos entregado a su obra, en su escritorio, al final del pasillo iluminado de sus visiones. Y después se lo oí leer inédito, con nuestro recordado Leopoldo Panero, con José María Valverde, cuando, allá, por el año 1949, no sabía él, ni nosotros, que la lírica española estaba inaugurando una etapa nueva: una etapa narrativa, capaz de contar cosas y sucesos, capaz de robarle a la épica muchos

de sus monopolios, poesía que en España se abrió con *La casa encendida*, y en América, con el *Canto general*, de Neruda, y en Nicaragua con buena parte de su mejor poesía. Nueva etapa poética que había que preguntarse si no fue una de las llaves que abrió el renacimiento de la novela en nuestra lengua, porque la poesía siempre va adelante y cuando no resulta directamente iniciadora, resulta siempre profética.

PABLO ANTONIO CUADRA